

Brenda Novak



ÁNGELES VENGADORES - EL ÚLTIMO REDUCTO, 3

MÍRAME

ÍNDICE

Uno.....	4
Dos	8
Tres.....	14
Cuatro.....	22
Cinco.....	32
Seis	39
Siete.....	49
Ocho.....	59
Nueve	69
Diez.....	77
Once.....	86
Doce	92
Trece.....	100
Catorce.....	112
Quince.....	121
Dieciséis.....	130
Diecisiete	140
Dieciocho.....	148
Diecinueve	157
Veinte.....	168
Veintiuno.....	181
Veintidós	190
Veintitrés.....	198
Veinticuatro	204
Veinticinco	211
Veintiséis.....	220
Veintisiete.....	228
Veintiocho	236
Veintinueve.....	246
Treinta.....	254
Treinta y uno	261
RESEÑA BIBLIOGRÁFICA	268



La creencia en una fuente sobrenatural de maldad es innecesaria: los hombres son por sí solos capaces de toda perversidad.

JOSEPH CONRAD



Uno

¿Se había ido?

Sheridan Kohl yacía acurrucada en el suelo; la tierra húmeda mojaba su ropa, su mejilla, toda la parte izquierda de su cuerpo. Sentía en la lengua el sabor acre de su propia sangre, pero el olor fecundo de la densa vegetación que crecía a su alrededor le recordaba a su infancia. Se había criado en el este de Tennessee, en el pueblecito de Whiterock.

Pero no era aquél el recibimiento que esperaba al volver a casa.

Supo por el arañar de una pala que el hombre que la había atacado seguía cerca. Tan cerca que no se atrevió a moverse, ni a gemir.

Tras varias pasadas de la pala, la respiración del hombre se hizo trabajosa, y Sheridan le oyó gruñir de vez en cuando.

Ras... plop. Ras... plop. Le costaba cavar, estaba claro, pero el ruido que hacía era tan rítmico que Sheridan comprendió que hacía progresos. Aunque no era muy alto, era fuerte; eso Sheridan ya lo sabía. Ni siquiera después de liberarse de la cuerda con que él le había atado las muñecas había podido desasirse de él. Su empeño en defenderse sólo había conseguido ponerlo aún más furioso, volverlo más violento. Sheridan estaba segura de que la habría matado, si no se hubiera quedado inerte.

Se tocó con cuidado el labio de arriba. Lo tenía partido, pero ésa era seguramente la menor de sus heridas. Si no mantenía la cabeza en el ángulo adecuado, la sangre se le metía por la garganta, ahogándola. Un ojo apenas podía abrirlo. Y los golpes brutales que él le había dado en la cabeza la habían dejado aturdida, incapaz de pensar con coherencia. Sabía hasta cierto punto que debía levantarse y huir ahora que él estaba distraído con otra cosa. Pero no podía ponerse en pie, y mucho menos correr. Incluso respirar le dolía.

La promesa de la oscuridad total y el silencio absoluto revoloteaba por los márgenes de su conciencia. Deseaba abrazarla, dejarse llevar a la deriva y dejar atrás su cuerpo quebrantado. Pero una de sus mejores amigas parecía estar a su lado, junto a su hombro, gritándole: «¡Levántate, maldita sea! No lo permitas, Sher. Aprovecha la oportunidad, cueste lo que cueste. ¡Lucha por tu vida!». Sheridan se preguntó un instante si estaba en una de las clases de defensa personal que impartía Skye en la asociación de apoyo a las víctimas que habían creado cinco años atrás.

Pero entonces sintió que la lluvia salpicaba ligeramente sus labios entreabiertos, su frente, sus pestañas. Estaba en el bosque, en plena noche, sola con un hombre cubierto con un pasamontañas.

Y él estaba cavando su tumba.



El ladrido de los perros, que se abalanzaban contra la valla de alambre, despertó a Cain Granger de un sueño profundo. Se dijo que seguramente era otro mapache, o un zorro, y se volvió para seguir durmiendo. Pero como los ladridos no cesaban comprendió que también podía ser un oso. La semana anterior había visto un par de osos negros por aquella zona. Y cada vez parecían acercarse más a la casa.

—Ya voy —gruñó.

Se obligó a levantarse de la cama y se puso unos vaqueros y unas botas de faena. Era pleno verano: hacía demasiado bochorno para molestarse en ponerse otra cosa, incluso en las montañas. Y a los osos les importaría bien poco cómo fuera vestido. Pero cuando agarró la escopeta de dardos tranquilizantes y llegó a la caseta de los perros, no vio un oso ni ninguna otra cosa, al menos por allí cerca.

—¡Callaos!

Los perros dejaron de ladrar, pero no se acercaron a él. Permanecían rígidos como estatuas, husmeando el aire y señalando con el hocico, como si buscaran una presa.

Cain frunció el ceño, extrañado, pero estaba tan cansado que no le apetecía hacer nada. Si el oso no estaba muy cerca, más valía no complicarse la vida. Drogar y transportar a un animal tan grande era una tarea ingente; Cain lo sabía porque trabajaba para la Agencia de Medio Ambiente de Tennessee, y se ganaba la vida haciendo cosas así.

—Me vuelvo a la cama —les dijo a los perros, y echó a andar hacia la casa. Pero *Koda*, el perro más viejo y también el más listo, profirió un gemido de advertencia que le hizo pararse en seco.

Koda no se asustaba fácilmente.

En lugar de volver a la casa, Cain abrió la puerta del cercado y los tres perros corrieron hacia él, temblando y gimiendo. No ladraban, en cambio: Cain ya les había regañado por hacer tanto ruido.

—¿Qué ocurre? —preguntó, acariciándolos. Solían encantarles sus carantoñas y procuraban disfrutar de ellas todo el tiempo posible, pero esa noche intentaron colarse entre Cain y la valla para adentrarse en el bosque—. Esperad —pensaba ponerles las correas, pero *Koda* no quería esperar.

El perro, negro y marrón, corrió hasta el lindero del claro y miró luego atrás, pidiéndole permiso para seguir, y dejó escapar un gemido.

—Si es un oso, te va a dar una buena paliza —le dijo Cain, pero *Koda* no atacaría a un oso. Solo no. Los perros lo acorralarían hasta que él llegara... y con un poco de suerte se quitarían de en medio si el oso atacaba.

Cain hizo un gesto.

—Está bien —dijo—. Adelante.

Los perros salieron corriendo delante de él.

Cain sacó una linterna del cobertizo y partió tras ellos con un ligero trote, guiándose por el ruido que hacían.



Poco después, sus ladridos cambiaron de tono. Habían encontrado algo.

Cain apretó el paso, alumbrándose con la linterna para sortear obstáculos. La luna llena brillaba con fuerza en el cielo, pero estaba empezando a llover, y le venía bien tener un poco más de luz para moverse entre las sombras de los árboles. El suelo estaba cubierto de tocones, de piñas y ramas caídas. Pero en aquellas montañas no había mucha gente. Por eso a Cain le gustaban tanto.

El ladrido de los perros se hizo más fuerte, más nervioso, cuando Cain se acercó al rincón más alejado de su finca. Lo que había encontrado estaba en sus tierras.

Echándose la escopeta de dardos al hombro por si la necesitaba, Cain se acercó a *Koda*. Pero no era un oso lo que habían acorralado. No era nada peligroso. Parecían haber rodeado a una muñeca de trapo de tamaño natural.

¿Era una broma? Los chicos del pueblo, con los que de vez en cuando se tomaba una cerveza, eran aficionados a las bromas pesadas...

—Calma —hablaba con voz baja y gutural, advirtiendo a los perros de que se tranquilizaran y retrocedieran.

Ellos se apartaron a regañadientes... y entonces fue cuando Cain vio que no era una muñeca hinchable, ni un maniquí, ni ningún otro objeto inanimado. Era una mujer.

—¿Qué demonios...? —fuera quien fuera, estaba malherida. No se movía, no reaccionaba al ruido ni a la actividad que había a su alrededor.

¿Estaba muerta?

Cain escudriñó los árboles sirviéndose de la linterna. Parecía estar a solas con la mujer, pero a unos metros de allí había una pala abandonada y un hoyo a medio cavar. Por lo visto, alguien había asesinado a aquella mujer y la había llevado allí para enterrarla.

Con razón estaban nerviosos sus perros.

—Hijo de puta —debería haberse dado más prisa. Tal vez podría haberla salvado.

Apoyó la escopeta en un tronco cercano, donde pudiera recogerla a toda prisa, ordenó a sus perros que se apartaran y se arrodilló junto a ella. Su muñeca inerte le pareció muy pequeña y frágil al tocarla. El pelo, negro y abundante, le cubría la cara. A pesar de la oscuridad, Cain vio que estaba manchado de sangre fresca.

¿Qué le había ocurrido? ¿Quién era? ¿Y por qué había sucedido aquello?

Cain estaba tan convencido de que estaba muerta que el leve aleteo de su pulso lo dejó atónito. Pero estaba allí: gracias a Dios, estaba allí.

Exhalando un suspiro de alivio, le suplicó en voz baja que aguantara mientras ataba la escopeta al collar de *Koda* para que el perro la arrastrara hasta casa.

Tenía que ayudar a aquella mujer. Y enseguida. Pero no había tiempo de montarla en la camioneta y recorrer los más de cien kilómetros que lo separaban del hospital más cercano. Ella no llegaría con vida.

La levantó en brazos con delicadeza y la llevó al claro que había junto a la casa y la clínica veterinaria. En la clínica tendría más sitio, sería más fácil lavarla. Pero por limpia que mantuviera la clínica, no se imaginaba depositando a un ser humano en el



mismo lugar en el que atendía a perros heridos y enfermos, a gatos, a caballos y a algún que otro coyote, ciervo u oso. Se decidió por la casa, abrió la puerta con el hombro y llevó a la mujer al cuarto de invitados, donde la tendió en la cama.

Su cabeza cayó hacia un lado, manchando de sangre las sábanas. Pero a Cain no le importó. Nunca había visto a nadie tan cerca de la muerte. Excepto a Jason, uno de sus hermanastros.

Ordenó a los perros que lo habían seguido que se quedaran fuera de la casa, corrió al cuarto de estar y llamó al servicio de emergencias. El helicóptero no podría aterrizar en la zona boscosa en la que vivía, pero Cain podía ir a su encuentro a la granja de los Jensen, justo a las afueras del pueblo, como había hecho dos años antes con un excursionista que sufrió un ataque al corazón.

Sólo tardó un momento en arreglarlo. Luego intentó contactar con Ned Smith, el jefe de policía de Whiterock, pero la telefonista no sabía dónde encontrarlo.

—¿Quieres que despierte a Amy? —preguntó, ofreciéndole una alternativa.

—No —Cain ni siquiera vaciló. Amy era policía, pero también era la hermana melliza de Ned... y su ex mujer. No quería que se metiera en aquello. Ella no tenía experiencia en crímenes violentos. Ni tampoco los otros dos agentes de la pequeña fuerza de policía de Whiterock; por eso Cain no sugirió a la telefonista que buscara a otro agente. No estaba seguro de que Ned fuera a servir de ayuda, pero a fin de cuentas era el jefe de policía.

—Busca a Ned y dile que se reúna conmigo en el hospital de Knoxville. Lo antes posible.

—¿En el hospital?

Cain no tenía tiempo para explicaciones.

—Eso es.

Temiendo que la mujer a la que había encontrado en el bosque muriera antes de que llegaran al helicóptero, Cain colgó y volvió a la habitación de invitados para recogerla.

—Va a ponerse bien —le dijo.

Le apartó con cuidado el pelo de la cara, le lavó el barro y la sangre... y entonces se dio cuenta, horrorizado, de que la conocía. Hacía doce años que no la veía. Pero se había acostado con ella una vez. Justo antes de que ella se fuera con Jason a Rocky Point.



Dos

Cuando lo llamaron a la sala de enfermeras, Cain pensó que la telefonista había encontrado por fin a Ned Smith. Pero era Owen Wyatt, el mayor de los dos hermanastros que le quedaban, quien intentaba localizarlo. Cain lo había llamado nada más llegar al hospital, tres cuartos de hora después de que el helicóptero de emergencias trasladara a Sheridan. Tenía que contarle a alguien lo que había pasado. Y por ser el único médico del pueblo y el miembro de su familia al que Cain apreciaba más, Owen era el mejor candidato para echarle una mano en ausencia de Ned.

—He recibido tu mensaje —dijo.

—Deja que te llame desde una cabina.

—Espera... ¿Qué ocurre?

Cain miró a las enfermeras que intentaban trabajar en torno a él.

—Ahora te llamo —no tenía teléfono móvil. En momentos como aquél se arrepentía de no tenerlo, pero donde vivía no había buena cobertura, de modo que no merecía la pena gastarse el dinero en eso.

Cinco minutos después estaba en el vestíbulo, apoyado contra la pared de la cabina, hablando con Owen.

—¿Dónde estás? —preguntó casi antes de que su hermanastro, cuatro años menor que él, pudiera decirle hola.

—¿Qué quieres decir?

—Eran las tres y media la última vez que intenté hablar contigo. Creía que iba a sacarte de la cama. ¿Es que estabas atendiendo una urgencia? —la respuesta de Owen debería haberle sorprendido, pero no le sorprendió.

—Sí, estaba atendiendo una urgencia. Robert llegó borracho y se estrelló contra la caseta de las herramientas de papá. Tuve que sacarlo del Camaro y coserle la brecha que se había hecho en la frente.

El otro hermanastro de Cain tenía problemas con el alcohol y siempre andaba metiéndose en líos. Era el menor de la familia, pero a sus veinticinco años ya tenía edad de valerse solo. Vivía, sin embargo, en una caravana en la finca de su padre y en lugar de buscarse un trabajo se pasaba el día jugando con el ordenador, enganchado a Internet, o de juerga. Cain no se compadecía de él. Tal vez él había sido un gamberro en sus tiempos del instituto, pero vivía por su cuenta desde los dieciocho. Se había pasado los estudios y nunca había esperado que otros le sacaran las castañas del fuego.

—¿Por qué no contestaste cuando te llamé al móvil?

—Lo dejé en el coche. Deberías haber visto a Robert —hizo un ruido de



fastidio—. Menudo idiota.

—Eso no es ninguna novedad.

—No. Bueno... ¿qué pasa?

La adrenalina que había alimentado su loca carrera hasta el hospital empezaba a disiparse, y el cansancio iba apoderándose de él.

—Alguien atacó a Sheridan Kohl hace unas horas y la dio por muerta.

Siguió una breve pausa.

—¿Has dicho Sheridan Kohl?

—Sí, eso he dicho.

—Había oído que iba a volver, pero no sabía que ya estaba en el pueblo. Y... ¿quién ha sido?

—No tengo ni idea.

Hubo otra pausa.

—¿Cómo lo sabes? Que está herida, quiero decir.

—La encontré yo. El que la atacó la dejó cerca de la cabaña vieja, en el lindero de la finca.

Owen le sorprendió soltando un exabrupto. Normalmente era más bien mojigato, más dado a las palabras altisonantes que a los tacos.

—¿A qué viene eso? —preguntó Cain.

—Este asunto hace que me sienta incómodo.

Aquello era un eufemismo, y los eufemismos eran mucho más propios de Owen.

—Dímelo a mí.

—¿Has llamado a Ned?

—Claro. Es lo primero que he hecho.

—Bueno, tenía que preguntártelo, teniendo en cuenta lo que sentís el uno por el otro.

Cain había ido al colegio con Ned, pero nunca habían sido amigos. Después del asesinato de Jason, Cain se había vuelto tan autodestructivo que no tenía tiempo para amigos; para amigos de verdad, al menos. Salía más que nunca, ponía en peligro su vida y su salud con absurdas acrobacias, se peleaba con todo el mundo y casi todos los fines de semana se enrollaba con una chica distinta. Luego estuvo su breve matrimonio con la hermana de Ned. Aunque sólo fuera por eso, era una pena que los mellizos Smith se hubieran convertido en el cincuenta por ciento de la fuerza policial de Whiterock.

—Lo llamé, pero no pude localizarlo —dijo Cain.

—¿Por qué?

—¿Cómo quieres que yo lo sepa? —una mujer mayor entró en el vestíbulo y se dejó caer en una de las sillas de plástico. Cain se acercó el teléfono a la boca y bajó la voz—. Si quieres la respuesta oficial, no estaba «disponible».

—Seguramente estará con su nueva secretaria.

—¿Con Mona? —por lo que a Cain respectaba, uno tenía que estar borracho y ciego para acostarse con la secretaria de Ned. Ni siquiera se lavaba.



—Supongo. No parece gran cosa, pero por lo que he oído decir, está dispuesta a hacer cualquier cosa. La semana pasada vi que Ned la tocaba cuando ella se estaba montando en su coche, en el Roadhouse —Owen chasqueó la lengua—. Pobre Brian. Tiene que dejarla.

—En mi opinión debería cedérsela a Ned y darle las gracias —la señora del vestíbulo levantó la vista y Cain se volvió hacia la pared.

Owen se aclaró la garganta.

—Sabes lo que pensará la gente cuando se entere de esto, ¿no?

Frunciendo el ceño, Cain se metió las manos en los bolsillos.

—Me importa un bledo lo que piensen.

—Sí, nunca te ha importado. Así que permíteme que te lo recuerde. Sólo hace tres semanas que los Wallup encontraron ese rifle en el sótano de tu cabaña.

El rifle que, según las pruebas balísticas posteriores, era el que había matado a Jason. ¿Cómo iba a olvidarlo Cain?

—Soy consciente de ello. Pero es ridículo. Yo no la he tocado. Ni siquiera sabía que había vuelto hasta que la encontré en el suelo, cubierta de sangre, de tierra y de hojas.

Owen dejó escapar un suspiro audible.

—Eso nadie va a creérselo. Hace una semana que corre el rumor de que iba a volver.

Cain lamentó no haberse cambiado de ropa. El pelo, que empezaba a crecerle demasiado alrededor de las orejas y el cuello, se le había secado, pero los vaqueros estaban todavía tan húmedos que resultaban incómodos.

—Te digo que no me había enterado. Además, hacía doce años que no venía por aquí. ¿A qué ha venido ahora?

—¿Tú qué crees? Alguien le contó lo del rifle.

Cain supuso que había sido Ned. Ned y él eran rivales desde que Cain le rompió el corazón a Amy.

—¿Y por qué iba a volver por eso?

—Porque quiere resolver el caso.

—Querrás decir que quiere que se resuelva.

—No. Cuando Ned me dijo que iba a venir, hice averiguaciones sobre ella en Internet. Forma parte de una asociación de ayuda a víctimas de crímenes violentos radicada en California.

—Entonces, ¿es trabajadora social?

—Más bien activista. Hace unos cinco años fundó esa asociación, El Último Reducto, con otras dos mujeres que también habían sido víctimas de crímenes violentos. Cada una está especializada en una cosa. Según decía su biografía, Sheridan se ocupa de la contabilidad, pero también colabora con investigadores privados, con la policía, con psicólogos, con expertos en defensa personal y qué sé yo qué más para encontrar a personas desaparecidas, proteger a los inocentes, meter entre rejas a criminales y hacer todo lo que haga falta, en resumen. Me dio la impresión de que conoce muy bien el mundo de la justicia criminal, de que es una

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

